

EL barco bramó unos instantes en la niebla del amanecer cuando el viento flaco apenas hinchaba las velas. Crujieron los palos entre las arboladuras de las jarcias, y el ancla herrumbrosa, con retazos de algas frescas, quedó suspendida en el casco. Desde la cubierta, Miguel y su hermano levantaron las manos del adiós.

En el muelle, una chica muy joven, con cara de niña y cuerpo de mujer, veía borroso a Miguel, inundados de lágrimas los ojos y empañada de desgarro la mirada.

Se habían jurado amor, bajo el cielo de Nápoles; se habían amado con toda la furia moza. En medio de sus arrebatos, él había prometido retornar y ella esperarlo siempre. Ambos sabían que aquello no sucedería. El mozo volvía herido de guerra a su patria, y la niña, en breve, viajaría a Venecia para conocer a su prometido, que la doblaba en edad y la triplicaba en fortuna, y casarse con él.

Lo que los jóvenes enamorados ignoraban, y que de haberlo sabido tal vez aquella separación no se hubiera producido, era que ella, Donatella D'Amico, ya gestaba un niño de siete semanas en su seno.

Mientras el barco se alejaba del puerto, lentamente, y avanzaba con la morosidad que da el viento desganado, la niebla mañanera les borró de sus jóvenes ojos la última imagen, esa que siempre se recuerda y que con el tiempo se añora con cariño.

Donatella apareció como un hada en el momento más trágico de su vida. Miguel convalecía de sus heridas en un desbordado hospital al sur de Italia, en Mesina. Iba detrás de su padre, vestida de blanco, el pelo recogido y la cara como un pétalo delicadamente rosa. A Miguel le bastó mirarla unos segundos. Y mientras las manos del cirujano remendaban sus heridas, ella se le metió entre la piel y le sacudió el corazón alicaído.

-Tres días más -dijo el médico-; si para entonces no remite la fiebre y ese color nefasto, tendremos que amputar el brazo.

-¿Todo el brazo?

-Del codo para abajo.

Miguel apretó los dientes. ¿Inválido para siempre? ¿Desgraciado por el resto de su vida? En unos segundos, su mente voló hacia el futuro. Se vio en las puertas de Madrid o de Sevilla, en las de Valladolid o en la de cualquier ciudad del reino de Nápoles, puesto de rodillas y con la única mano sana pidiendo limosna a los esquivos viandantes. Adiós a los sueños de escritor y de poeta, fuera para siempre el reengancharse en cualquier tercio que marchara a la guerra santa contra los turcos para ganar honores y volver triunfante a la capital de España.

Se dio cuenta de que se había quedado mudo y ella lo miraba compasiva y triste.

La chica frunció levemente la nariz.

'Estoy apestando -se dijo-; mi cuerpo huele mal, o serán mis heridas que empiezan a convertirse en carne muerta.'

Ella notó que Miguel se sonrojaba avergonzado y trató de disimular esbozándole una leve sonrisa.

-Hazte a la idea y no sufras -dijo el médico, y le palmeó un hombro como quien anticipa una caridad-. No serás menos héroe sin un brazo. Al contrario, soldado. Lepanto no hubiera sido una gran victoria sin hombres como tú.

Donatella estaba conmovida. Se le juntaban las cosas: la mirada transparente de ese mozo gallardo, la incertidumbre de verlo mutilado, el remezón que sintió en el pecho cuando lo vio, valiente pero enfermo, postrado y dolorido, como un niño frágil.

¿Y si me negara a que me corten el brazo?

-Gangrena, hijo mío; y entonces sí, la muerte sin remedio. -El galeno terminó de esparcir una tintura yodada sobre la herida del pecho y mientras su hija le ayudaba a acomodar las vendas, miró con gravedad al herido-. No desesperes, hombre. En estas tres jornadas puede obrarse un milagro.

De día apenas dormitaba, y por las noches velaba. En el hospital de Mesina, Miguel compartía habitación con dos -o quién sabe si tres- decenas de heridos en una monstruosa sala que, más bien, parecía una cuadra.

Del mar ascendía por las noches un hedor salino y se mezclaba con la pegajosa humedad, que lo inundaba todo, y hacía los minutos insufribles.

De nuevo tres días, 72 horas. Se preguntaba qué malhadado infortunio se había cebado con sus manos. La madrugada del tercer día le pilló desvelado, mientras un viejo recuerdo le mordía: por salvar la mano derecha tuvo que dejar Madrid, cuando era mucho más joven todavía.

Sucedió que un palaciego de quinta fila, un gallito vestido siempre de feria y con el pico sucio, en una discusión, recriminó a gritos que la hermana mayor de Miguel era una manceba aprovechada y la segunda iba, sin duda, por el mismo camino, a cambiar fortuna por favores. La disputa terminó en una bofetada y la bofetada en desafío.

Se cruzaron las espadas, y Antonio de Sigura -alguna vez firmaba como 'Segura'- quedó malherido y, aparentemente, el honor restaurado. Pero Miguel no contaba con la parentela de cortesanos que tenía su contrincante. Corrieron papeles sellados y dineros más o menos generosos. El vengador de la deshonra fue condenado al destierro previa amputación de la mano derecha.

-¡Escápate, Miguel! -le pidió su madre, quien puso en su faltriquera varias monedas envueltas en un pañuelo y le dio un atado con pan y queso.

Huir perseguido como un delincuente, hasta donde lo llevara la rosa de los vientos; cuanto más lejos y cuanto antes, mucho mejor. Tenía veinticuatro años y una incierta vida por delante.

Montado en una vieja mula, Miguel de Cortinas salió de noche y no paró hasta Roma. Y cayó con buen pie. Un cardenal muy joven, Julio Acquaviva, de apenas veintidós años, lo tomó bajo su servicio y protección. Pronto se vio casi palaciego, bien servido, mimado por su cultura y buenas maneras, candidato a comerse el mundo.

Pero las envidias florecen bajo cualquier cielo, aun en aquel Vaticano que se parecía en algo al Paraíso. Los otros servidores del cardenal, los más cercanos a él, lo

malquistaron; fue una zancadilla a traición y el pobre fugitivo tuvo que dejar su cómodo empleo.

Fue entonces cuando le salió el linaje, la supuesta hidalguía y castellana. Se dijo que, para limpiar el honor, nada más apropiado que enrolarse contra el turco en la guerra santa que el papa Inocencio V y Felipe II, rey de España, habían iniciado.

Poco antes, Rodrigo, su hermano menor, había llegado al destierro en su búsqueda. Juntos, con la indumentaria de 'papagayos' -por sus altos chambergos coronados de plumas teñidas de colores chillones comprada por ellos mismos-, se enrolaron bajo las banderas de la Liga Santa que don Juan de Austria, el hermano bastardo del rey, dirigía personalmente.

Y se dio la batalla más grande que vio el cielo en favor de la cristiandad: Lepanto. Allí, el poeta soldado se condecoró con su sangre y amaneció héroe. Fue conducido a Mesina con el pecho abierto y el brazo izquierdo a punto de ser amputado.

Llegó el tercer día fijado por don Vincenzo D'Amico, y Miguel tomó una resolución: huir del hospital. Lió sus miserables bártulos y esperó a su hermano para tomar juntos las de Villadiego.

Pero Rodrigo, que había visto morir a heridos gangrenados mientras acompañaba a las habituales sangrías que su padre ejecutaba, dijo no. Además, huir era de cobardes y Miguel era un superviviente glorioso. De poco valieron llantos, juramentos y promesas del pobre malherido para impedir convertirse en un inválido de por vida.

Agotados los argumentos, los hermanos aguardaron la hora de la sentencia definitiva.